

# **MAESTROS DE LA SOSPECHA, CRÍTICOS DE LA FE**



Ferran Manresa Presas

José I. González Faus

Elvira Durán Costell

Carlos Domínguez Morano

Adolfo Chércoles Medina

Josep Rambla Blanch

**CJ**

**Centre d'Estudis  
Cristianisme i Justícia**

## SUMARIO

---

Edita CRISTIANISME I JUSTÍCIA  
R. de Llúria, 13 - 08010 Barcelona -  
tel: 93 317 23 38 - fax: 93 317 10 94 - info@fespinal.com  
Imprime: Estilo Estugraf Impresores S.L. • ISBN: 84-9730-153-6  
Depósito Legal: M-52086-2006 • Enero 2007

INTRODUCCIÓN: ELOGIO DE LA SOSPECHA .....	7
1. FEUERBACH COMO SEMILLA .....	11
<i>Ferran Manresa Presas</i>	
2. LA SOSPECHA DE K. MARX FRENTE A LA RELIGIÓN: DE ENEMIGA DEL HOMBRE A TONTA ÚTIL DEL SISTEMA .....	23
<i>José I. González Faus</i>	
3. ¿DIONISOS O EL CRUCIFICADO? ¿AFIRMACIÓN DEL DOLOR O AFIRMACIÓN DE LA VIDA? .....	45
<i>Elvira Durán Costell</i>	
4. ¿UNA ILUSIÓN SIN FUTURO? LA CRÍTICA FREUDIANA DE LA RELIGIÓN .....	63
<i>Carlos Domínguez Morano</i>	
5. “CONOCIMIENTO INTERNO DEL DESORDEN... Y DEL AMOR”.....	79
<i>Adolfo Chércoles Medina</i>	
EPÍLOGO: ¿MÁS ALLÁ DE LA SOSPECHA?.....	107
<i>Josep Rambla Blanch</i>	

## ELOGIO DE LA SOSPECHA

"Atrévete a pensar" (E. Kant)

El tema de este libro (y del curso que dio origen a él) nos vino sugerido y propuesto por un alumno: un muchacho joven, algo sorprendido ante lo que había significado para sus profesores una generación de grandes pensadores y grandes críticos de la religión que, desde perspectivas diversas, transitaron por el espacio histórico que discurre entre la segunda mitad del siglo XIX y la primera del XX (Marx, Freud y Nietzsche son los que quedaron en el podio de aquel certamen). La distancia temporal es importante por dos razones.

En primer lugar porque, a las inmediatas, la sospecha es siempre modesta e incómoda, tanto si nos la levantan en niveles personales como sociales. Sólo el paso del tiempo permite comprender hasta qué punto, si se la supo acoger bien, la sospecha puede haber resultado fecunda y purificadora.

En segundo lugar porque, mirando a la generación más joven de nuestros días, lo más sospechoso de esta hornada quizás sea una notable incapacidad para la sospecha. Se darán, quizás, desautorizaciones globales y no matizadas que sólo sirven (amén de para descargar una cierta adrenalina juvenil), para proclamar un veredicto dogmático de que “no hay nada que hacer”, el cual justificará la retirada al refugio del individualismo, el hedonismo fácil y el consumismo acrítico.

Pero de esto último no tiene la culpa la generación joven. Curiosamente, ha sido la sociedad que los engendró la que fue relegando al panteón de los recuerdos o de las modas efímeras a aquellos maestros a los que (pese a sus enormes defectos) tantísimo debía. Se les utilizó para dar por clausurada la fe religiosa como dimensión humana, pero luego no se prestó atención a ninguna de sus consecuencias ni de sus exigencias. Una vez nos habían liberado de la religión, los maestros de la sospecha se volvían demasiado incómodos si, además, nos pedían sos-

pechar de nosotros mismos, de nuestra organización social y de las morales establecidas, para terminar en el diván del psicoanalista o la militancia por el socialismo... Los nietos de los maestros de la sospecha son hoy los paladines de la credulidad mediática. Nuestra sociedad se siente satisfecha de sí porque ya no comulga con “ruedas de molino”, pero es incapaz de preguntarse si no estará “comulgando con CDs”.

Esta evolución inesperada, que Kant calificaría como regreso a la minoría de edad (o no salida de ella), puede tener una razón económica: los medios de comunicación se van estructurando inevitablemente como medios de “consumición”. Y la incapacidad de sospechar nos vuelve absolutamente vulnerables ante toda presión consumista. La reducción del mundo a un immense mercado va convirtiendo a la tierra en un “mundo sin hogar” y alienta la aparición de fundamentalismos identitarios. Viajamos más que nunca, sí. Pero —conducidos y programados por las agencias— conocemos menos que nunca los países y las gentes que visitamos (bastaría comparar nuestros viajes con los que describían Marco Polo, S. Tocqueville o el mismo C. J. Cela... para percatarse de ello).

Esta abdicación de nuestra capacidad de sospecha implica, vista desde Europa, una doble abdicación:

a) Abdicación de nuestras raíces (prescindiendo ahora de las raíces cristianas y ciñéndonos a eso que se ha calificado como “Atenas” frente a Jerusalén): la audacia de pensar, de preguntar, de matizar, de relativizar nuestras convicciones sin renunciar, por eso, a ellas. La audacia de ser socialmente incómodos como lo fue Sócrates, aun siendo respetuosos y buenos ciudadanos como él.

La sospecha es el campo más propio de la razón. La razón es uno de los instrumentos máspreciados que el ser humano tiene para afrontar el mundo. Ella no es creadora, puede ser explicadora, pero es sobre todo crítica e “inquisidora” (en el buen sentido de la palabra): por eso es también crítica de sí misma y de sus propios condicionamientos y limitaciones. No puede fundamentarse a sí misma, sino que debemos optar por ella desde una fe en sus posibilidades. Por eso, también, no la podemos divinizar, como ha hecho la sociedad de consumo con un tipo de razón que sólo sabe descubrir funcionamientos (“cómo”), pero es incapaz de preguntar por fundamentaciones y finalidades (“porqués” y “para-qués”). Es, además, un instrumento común a todo el género humano, a pesar de nuestras llamativas e incómodas diferencias. Entre los musulmanes más ilustrados del momento (alarmados como nosotros por el ciego fundamentalismo islámico) se defiende la tesis de que el Islam alcanzó su mayor esplendor cuando supo utilizar la razón. Aquella valoración de la razón habría entrado en crisis con la condena de Averroes. Desde entonces,

la razón pasó a Occidente, y ello explica por qué la civilización occidental ha terminado desarrollándose más que la islámica.

A esta suspicacia debemos añadir la consideración de que nuestra razón sólo puede sospechar desde alguna certeza previa, en forma de fe, de convicción o de prejuicio... Incluso el dogma relativista que nos envuelve y que se presenta como el mejor factor de tolerancia necesita, para sostenerse, al menos una convicción intocable: la seguridad absoluta de que todo es relativo.

b) Si de Atenas pasamos a Jerusalén (o a lo que se reivindica como “raíces cristianas” de Europa), vale la pena recordar que Jesús de Nazaret fue uno de los primeros maestros de la sospecha: sus críticas a una determinada forma de religiosidad farisea y su cercanía a los socialmente descalificados le granjearon por ello muchas enemistades... Y, desde Jesús, nos permitiremos citar un largo texto de uno de los miembros de nuestro Centro: hoy en día,

“hay cristianos que, directa o indirectamente, han pasado por las críticas de Freud, de Marx o de Nietzsche. Y hay otros que, por miedo o comodidad, han rehusado atravesar esos “arroyos de fuego” (como decía Marx, traduciendo el significado del apellido Feuerbach). Los primeros siguen creyendo hoy, pero con una fe sumamente purificada, mientras los otros se ven abocados a una fe de corte fundamentalista. Surge, entonces, la pregunta jesuánica: “¿por qué temíais, hombres de poca fe?”.

Porque, en definitiva: ¿qué vino a decir Marx? Pues que la religión estaba siendo la “tonta útil” del capitalismo (que es un sistema injusto, inhumano e irracional). Eso es lo que queda de su crítica: su sentido social más que su pretensión metafísica. Pues, si entendieráramos metafísicamente lo del opio del pueblo, ¿no ha resultado ser el materialismo dialéctico otro auténtico opio del pueblo y un suspiro de la criatura oprimida? ¿Una necesidad de garantizar científicamente, por leyes naturales y no por libertades humanas, la llegada de un paraíso que nunca llega?

Igualmente, ¿qué viene a decir Nietzsche en su crítica? Pues que toda la moral tiene unas dosis enormes (y despreciables) de hipocresía, cosa que no es difícil de conectar con la dura crítica de Jesús al fariseísmo. Y también que en el cristianismo de su época había un pésimo enfoque del sufrimiento: un enfoque morboso y apocado que valora el sufrimiento por sí mismo (como si a Dios le fuera grato que sufriéramos), en lugar de valorar la vida y la belleza. Aunque hoy debemos añadir que Nietzsche olvidó hasta qué punto, en esta tierra, la vida y la belleza están manchadas y empapa-

das de sangre, de modo que lo humano no consiste en cerrar los ojos a esa sangre, buscando espacios de belleza no manchada, sino en arrostrar el dolor necesario para limpiar de sangre la vida y la belleza. Y de modo que el sufrimiento sea aceptado por amor a la vida y a la belleza, no en cuanto opuesto a éstas.

Y, ¿qué vino a decírnos Freud? Pues simplemente puso de relieve el sutil engaño de mil religiosidades a nivel personal (no tanto a niveles sociales, como habían hecho Marx y Nietzsche). Destacó el camino tortuoso por el que mil egoísmos reprimidos y enmascarados afloran bajo capa de piedad o religión. Antes de Freud muchos místicos habían sido precursores de esa advertencia: por eso chocaban también con las inquisiciones oficiales<sup>1</sup>.

Y antes de esos místicos, ¿no fueron Jesús y Pablo los primeros críticos de la religión? Pues Marx, Nietzsche y Freud ayudaron a redescubrir eso que tan olvidado teníamos. Ya dijo Congar que, cuando la Iglesia olvida una de sus verdades, Dios la hace surgir fuera de ella y, si es preciso, en contra de ella”<sup>2</sup>.

Así, para muchos, la sospecha ha terminado siendo benéfica, por incómoda que pareciera. Con lenguaje bíblico, son los que salieron de la esclavitud de Egipto para verse en un desierto que acaba siendo camino hacia la tierra a la que el Señor nos llama. Para otros, en cambio, el rechazo de la sospecha ha ido abocando a un cristianismo de tipo fundamentalista que sólo parece encontrar lugar para la fe en sociedades autoritarias y de extrema derecha. Con lenguaje bíblico, son aquellos que siguen añorando “los ajos y cebollas de Egipto”. De este fundamentalismo parece participar, desgraciadamente, una buena parte de la jerarquía eclesiástica.

Tómese este prólogo como un ejercicio de sospechas. Y ojalá sirva para acceder con interés a la lectura del libro.

*Cristianisme i Justícia*  
(Septiembre, 2006)

---

#### FEUERBACH COMO SEMILLA

1. Para no salir de España son claros los casos de Juan de la Cruz, Teresa de Ávila o Ignacio de Loyola.

2. GONZÁLEZ FAUS, J.I., *"Non avette paura". La tentación del miedo en la Iglesia*. En la obra homenaje a Dolores Aleixandre, Marciano Vidal, y J. García Murga, publicada por la universidad de Comillas.

En una sistematización un poco artificial, Ludwig Feuerbach puede ser presentado como el “precursor” de los maestros de la sospecha. Su apellido significa “arroyo de fuego”, y Marx dirá más tarde que la religión y la modernidad habían de pasar por ese arroyo de fuego. Feuerbach sospechó de nuestro lenguaje sobre Dios: intuyó que todo lenguaje sobre Dios dice en realidad algo sobre el hombre, más allá de que la voluntad del que habla sea reductora o apunte a la trascendencia. Esta sospecha está conectada con la certeza de que la persona humana está hecha para un “tú”, sea éste individual o colectivo. La clave del ser está en el amor, y el hombre se empobrece si sitúa ese amor fuera de sí; un axioma que Feuerbach vio confirmado en su constatación de que “cuanto más pobre es un hombre, más rico es su dios”.

Marx sospechará después de esta certeza de Feuerbach que, según él, necesitaba ser puesta “boca abajo”, o ser bajada a la tierra. Pero el mecanismo de la sospecha ya estaba puesto en marcha

## 1. FEUERBACH COMO SEMILLA

*Ferran Manresa Presas*

En 1944, D. Bonhöffer escribía a un amigo suyo desde la cárcel de Berlín: “...el hombre ha aprendido a componérselas solo en todas las cuestiones, sin recurrir a Dios como ‘hipótesis de trabajo’. Esto ya es evidente en las cuestiones científicas, artísticas y éticas; ya nadie osaría ponerlo en duda. Pero, de un centenar de años a esta parte, ha ido haciéndose asimismo manifiesto en las cuestiones religiosas”. Y dos meses más tarde añadía en otra carta: ... “nosotros no podemos ser honestos sin reconocer que hemos de vivir en el mundo “et si Deus non daretur” (aunque Dios no existiera...). Dios mismo nos obliga a dicho reconocimiento” (*Resistencia y sumisión*, cartas del 8 junio y del 15 de julio).

Es posible que en estas reflexiones de D. Bonhöffer haya una cierta alusión al pensamiento de L. Feuerbach. La suficiente como para interpretar desde ellas sus ideas de más eficacia práctica.

## 1. EL CONTEXTO ILUSTRADO

A lo largo del siglo XVIII fue haciéndose innecesaria la “hipótesis Dios” en las distintas manifestaciones públicas: sociales, culturales, políticas, artísticas, morales, etc. Sin embargo, esta mentalidad necesitaba de algo más para alcanzar eficacia histórica; necesitaba demostrar que la existencia de Dios carecía de verdad, que la verdad de Dios era pura proyección humana. Una demostración de tales características, sin embargo, no puede ser llevada a cabo por la filosofía de la religión, sino por una “genealogía” de la religión que pusiera de manifiesto cuáles son los verdaderos orígenes de las representaciones religiosas y cómo se han ido produciendo a lo largo de la historia.

Feuerbach puso en marcha este método genético-crítico para dar con los orígenes de la “idea de Dios”. Y lo puso en marcha en un contexto ilustrado: aquel (cfr. *La esencia del cristianismo*): ...en el que “no llegamos a comprendernos del todo desde nosotros mismos, si no hemos llegado a demostrar que las religiones y la idea misma de Dios son fenómenos no originales sino derivados, productos del hombre, el cual es comprensible y explicable en el contexto de la naturaleza y no de Dios”. De este modo, el occidente europeo fue aprendiendo a vivir y pensar su vida sin la “hipótesis Dios”. En este contexto ya existente y con la intención de “explicar” la religión sin Dios, Feuerbach escribió su famosa obra *La esencia del cristianismo* en la que planteó múltiples preguntas acerca de la verdad de la esencia del cristianismo. Estamos, pues, en un contexto post-idealista, con una marcada fractura entre el mundo de la razón y el de la fe y con una fuerte preeminencia de la sujetividad. Este contexto es el que nos permite hablar del pensamiento de Feuerbach como de “una semilla”.

## 2. LA PROPUESTA DE FEUERBACH

Su idea de la religión queda sintéticamente expresada en estas dos afirmaciones: a) La esencia del hombre es infinita; b) la religión es la escisión del hombre consigo mismo.

### 2.1. La esencia del hombre es infinita

La esencia del hombre se expresa a través de sus “fuerzas esenciales”: razón, voluntad y amor. Poderes en los que se asienta la manifestación de

la infinitud del hombre. El hombre, “como género”, ejerce su poder sobre los individuos concretos (tu, yo, nosotros). Cada individuo es finito y su finitud limita de hecho la infinitud esencial de toda la humanidad.

Así, pues, la humanidad, el género humano, la universalidad es la esencia infinita, a costa del yo, del tu, del nosotros. En definitiva, de los derechos individuales.

La razón, con su poder infinito, empuja el proceso indefinido del pensamiento. De tal manera que siempre puede ir —sin limitación alguna— más allá. Lo cual en la historia ha tenido efectos mortíferos (violencia, razón de Estado, guerras, etc.). La voluntad incondicionada con su imperativo categórico formal e incondicionado puede dar lugar a cosas terribles (por ejemplo, el dogmatismo a ultranza). El poder del sentimiento infinito, que rompe todas las barreras, extasiá a los individuos y arrebata a cada uno sacándole de sí mismo y haciéndole hacer cosas que, sin el poder del sentimiento, o no haría o haría de otra manera.

Así pues, a través de la razón, de la voluntad y del sentimiento se realiza la humanidad genérica (el género humano). En términos generales se puede afirmar que los efectos históricos que se derivan de tal visión del hombre traducen la afirmación “el hombre es el género humano”, es el sometimiento práctico de la humanidad.

¿Qué papel está reservado en todo esto a la religión? Tradicionalmente la esencia de la religión es la esencia del Infinito. Conforme a Feuerbach, la esencia del infinito humano es la esencia misma de la religión. La cual, de este modo, deja de ser el lugar en el que tomar conciencia de la infinitud de Dios, para convertirse en el lugar donde tomar conciencia de la infinitud del hombre. El hombre, a partir de su infinitud, es capaz de proyectar a Dios. En otras palabras, la conciencia de infinitud es la conciencia que el hombre tiene de sí mismo, ya que su esencia es infinita.

### 2.2. La religión es la escisión del hombre consigo mismo

En relación con esta primera afirmación, en la religión el hombre se separa de sí lo que constituye su propia esencia, se escinde en dos, coloca fuera de sí aquella esencia que le es propia. Esencia, presente en el fondo del mismo hombre, pero que éste no reconoce como propia: escisión, alienación.

Esta proyección se produce cuando cada individuo —por desidia o por vanidad o por egoísmo o por mediocridad— extrae su propia limitación como una limitación de todos (del género humano). La escisión ya no es entonces personal, sino estructural, propia de toda la humanidad. La proyección acaba por enriquecer a Dios a costa de ir empobreciendo